



## Romance

Vicente Wenceslao Querol

La aldea en que vivo cierran  
dos montañas elevadas,  
y de mis ventanas miro  
las dos cumbres solitarias,  
negras sobre el fondo de oro  
del sol, que muere a su espalda.  
Torres de un noble castillo  
coronan a la más alta,  
y en la cima de la opuesta  
una pobre ermita se alza.  
Todos en el pueblo ignoran  
quien, en edades lejanas,  
construyó las negras torres  
ni la pobre ermita blanca;  
mas cuentan que en viejos días,  
cuando en las regias estancias  
del castillo, a media noche,  
los caballeros y damas  
entre los brindis reían  
o el necio juglar cantaba,  
allá, en la oscura capilla  
de la otra cumbre, las santas  
oraciones y los himnos  
de humildes monjes sonaban.  
La campana de las torres  
fue horrible grito de alarma,  
nuncio de las enemigas  
destructoras algaradas;  
la campana de la iglesia

era la voz de las gratas  
fiestas que el pueblo sencillo  
a un Dios de paz consagraba.  
Ferradas puertas y fosos,  
ennegrecidas murallas,  
alzados puentes y alerta  
los centinelas, la entrada  
vedaron por los senderos  
que a la fortaleza alcanzan:  
junto a la vetusta ermita  
la hospedería sagrada  
dio al cansado peregrino  
lecho, y pan, y amor del alma.  
Desde el rastrillo hacia el valle  
bajaron los hombres de armas,  
talando el campo y pidiendo  
tributos dados con lágrimas.  
Con rotos sayales grises  
también los monjes bajaban  
mendigando el bien del rico  
para darlo en las cabañas.  
Se erguía frente al castillo  
la horca negra en ancha plaza,  
y en la plaza de la ermita  
la cruz con secas guirnaldas.  
Los que en los fosos cayeron  
en las siniestras batallas,  
yacen, sin tumbas benditas,  
bajo sus inmundas charcas;  
los que en la iglesia reposan,  
yacen bajo losas pardas  
sobre las que llora o reza  
el caminante que pasa.  
Hoy en las rajadas torres  
anidan sólo las águilas,  
y los altaneros muros  
sólos las yedras asaltan,  
mientras que van las palomas  
en rumorosas bandadas  
aún a posar en la torre  
de la pobre ermita blanca.  
Hoy huyen las campesinas  
la fortaleza arruinada,  
y al atrio de la capilla  
van el domingo a sus danzas.  
Cuentan del viejo castillo  
consejas que al vulgo espantan,  
y a par cuentan los milagros  
del santo de la montaña.  
Nobles, juglares, guerreros,

pasaron como las fatuas  
sombras de un sueño, y el monje  
aún vive en su humilde casa.  
Polvo serán las almenas,  
polvo las marmóreas salas,  
polvo barrido del viento  
muros y torres cuadradas;  
y aún se alzaré sobre el monte  
la ermita, cuya campana  
sonando trae a mi oído  
voces que al cielo me llaman.  
Cuando las dos cumbres miro  
desde mi estrecha ventana,  
fínjome que simbolizan  
una, la ambición bastarda,  
la vil codicia y la estéril  
gloria con sangre comprada;  
y otra, el santo amor celeste,  
la aspiración noble y casta,  
fecunda, inmutable, eterna,  
como el Dios de quien emana.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**